



IV.- INSTRUCCION

«Que se dispongan a sufrir. Que se dispongan a hacer todos los esfuerzos para conservar entre ellas la perfección de esta santa virtud ».

Recordad las palabras de san Pablo que están en la Regla y que os cité la última vez: que si se sufren los tormentos más terribles y no se tienen caridad, se consideraría como nada. ¿Estamos en esas disposiciones? No estamos en los tiempos de las persecuciones donde las vírgenes, las mujeres casadas, los niños, se encontraban expuestos a graves peligros por causa de su fe. Ved, en el Japón, la Cochinchina, en estos lugares remotos, hay todavía violentas persecuciones contra los católicos. Cada día, los fieles están obligados a prepararse para sufrir las más crueles torturas y tienen que preguntarse seriamente delante de Dios si serán capaces de resistir la prueba, afin de que Él supla su debilidad. Sabéis que deben sufrir todo lo que la rabia de sus perseguidores puedan inventar, antes que renunciar a su fe: torturas, destrucción de la familia, pérdida de los bienes, suplicios de todo género. Deben despreciar todo, cuando lo que está en juego es la gloria de Dios.

¿Son estos nuestros sentimientos? ¿Estamos decididas a perderlo todo, a sufrir todo antes que herir en algo, por pequeño que sea, a la caridad? Llegando ahí, no tendremos porque gloriarnos puesto que, en fin, recordad lo que Blanca de Castilla decía a su hijo: “Hijo mío, preferiría verte muerto antes que cometer un pecado mortal”. Y una religiosa debe agregar: “Preferiría mejor morir antes que ofender a Dios voluntariamente”. Ahora bien, ¿qué es lo que más puede herir el Corazón de Dios sino las faltas contra la caridad? Pues, decidme, ¿cuáles son nuestros sufrimientos en comparación con los de los Mártires? ¿Nos atreveríamos solamente a compararlos?

Es una gran perfección, una perfección mayor de lo que pensáis, amar por igual a todo el mundo con dulzura y caridad. Como ya os he explicado en el tema de la oración, la vida cristiana está contenida en estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad. Pero, como dice san Pablo, la más grande de las tres es la caridad. Ella sola quedará, porque sabéis que en el Cielo la fe no existirá. Veremos lo que creíamos en la tierra, poseeremos el objeto de nuestras esperanzas, pero sí nos amaremos. Y amar eternamente será nuestra vida, como la caridad de Cristo debe ser la nuestra aquí en la tierra.